

Las pesadillas de un cuerpo poético y el abismo

Alicia S. Montes

Universidad de Buenos Aires

Kozameh, Alicia. *Sal de sangres en declive*. Alción, 2019, 200 pp. ISBN 978-987-646-802-2.

*El fuego que nos mantiene vivos y el que nos
calcina. Uno, el mismo.*

—Alicia Kozameh

A pesar del carácter fragmentario e incompleto de cada poema, que no se afana por concluir una idea, establecer una posición o explorar todas las aristas de un sentimiento en una forma lírica redonda y perfecta, la escritura de Alicia Kozameh hace un intento desesperado por abarcarlo todo. Exhibe, así, su voluntad de decir o, más bien, de apresar eso que se cuele por los intersticios que dejan las palabras. Si solo lo inasible y efímero es presencia plena o revelación de lo que no se sabe y, para darle consistencia material, es necesario simbolizarlo, la palabra se somete al desafío de superar las fronteras de su imposibilidad, porque lo que se escurre por los agujeros del lenguaje es precisamente lo que se desea infructuosamente nombrar.

Como en un entramado donde la exterioridad y la interioridad circulan fuera de control y sin fronteras distintivas, lo que se escribe para capturar la experiencia fugitiva del tiempo se vuelve inmediatamente lo contrario de lo que se creía estar percibiendo o viviendo. En el roce inevitable de una palabra con otra, lo deseado y lo actuado se convierten en peligro o en violencia irrefrenable que se vuelve contra quien ha tomado la decisión de no quedar congelado por el miedo o la pasividad resignada. Las maravillas del país de Alicia, vistas a través del espejo, resultan una suma dolorosa de lo que espanta, de lo que no se querría mirar, pero está ahí del otro lado del límite como al acecho como en un sueño agónico que se confunde con la realidad.

Sin embargo, tampoco hay sosiego cuando se elige simplemente transitar el espacio-tiempo de la vida, cuando no es el galope desenfrenado, aquello que abre al desgarrar y al dolor que el poema intenta nombrar. En la escritura, lo que irrumpe, entonces, es la presencia del muro que pone un límite infranqueable al camino. Pero, la poesía que no acepta fronteras se obliga a llevar a cabo la misión de atravesarlo, sabiendo que eso es imposible en el mundo cúbico y neblinoso que la habita. Se trata de llegar siempre a los confines, estirar los límites de una realidad que se derrumba inevitablemente. La palabra poética de Alicia Kozameh se configura en la tensión de la mirada de espanto y el deseo de

llegar más allá de lo habitable. La voz anhelante del yo lírico se ubica en el borde de la nada y pregunta: ¿Qué hay del otro lado? ¿Es probable encontrar algo más allá de esa línea recta, en el repetido abismo que parece ser el final de todo?

Entre el sueño y la vigilia, desafiando toda lógica tranquilizadora, más onírico y metafórico que absurdo, el universo poético de *Sal de sangres en declive* va y viene con detalle de orfebrería a través de las imágenes para tejer y destejer los límites, la clausura e intentar una ruptura de las fronteras. Por eso, se enuncia en el intersticio de lo que se teme y de lo que fatalmente es: el tiempo que lo destruye todo.

La realidad que figuran los textos se transforma de manera implacable. Nada permanece en lo que creía ser, en lo que parecía. Una voz-Cassandra emerge en los poemas. Pronuncia un oráculo indeseado, es una pitonisa que afirma entre oscuridades pesadillescas el reino de lo inseguro, de lo que puede devenir otra cosa, de lo que se agita y cruje debajo de las apariencias de estabilidad. Se mueve el piso debajo de los pies y todo está en peligro de derrumbe por eso el verso se fractura presionado por la ley de una prosa que vive de fabricar límites infranqueables y de transgredirlos.

Los poemas saben que hay algo enterrado, debajo del polvo, en los bosques, en las cimas, en esa parte del mundo que carece de pasajes, túneles o aberturas, debajo del mar. Hay algo muerto, reducido a hueso, descarnado, algo desorbitado, algo que fue vida, pero ya no, alguien fue hundido en el mar, alguien que formó parte de un nosotros, alguien que soñó un sueño colectivo que se ha vuelto imposible. Por eso, en muchos tramos del entretejido textual irrumpen los espectros junto a la rabia, la tensión, los miedos y se intenta el gesto de huida o se describe la desesperación que lleva a trepar las vallas de alambre o de acero, aun sabiendo que van a quedar girones del cuerpo en ese intento. El regusto ácido del tiempo, que no se detiene y proyecta su pátina sobre el presente, desata la necesidad de acercarse “a aquella pared de bloques de cemento y abrir un orificio a puro golpe de puño, transgredirla, atravesarla y volver”.

Hay un declive imposible de frenar hacia el cual todo se desliza. El poema más que preguntar por él, lo afirma y lo confunde con la existencia. Hay solo nada o fantasmas, nada o vida demasiado próxima a la muerte y transida por el espanto. En todo caso, si hubo una voz, en este mundo abismal, el eco se convierte en una esperanza. ¿Y más allá de la oscuridad? Nada. Más allá de la oscuridad nada que no sea solamente nada. Pero ¿y los ecos? ¿Y aquel eco?

La escritura en *Sal de sangres en declive* le da forma a la falta, al vacío, a una desesperanza que parece señalar que lo perdido no puede recuperarse más que como bello despojo imaginario o como reliquia. La poesía traza un gesto, dice adiós a las quimeras y los sueños, porque a pesar de la incertidumbre, de lo limitado del ver, no parece haber más que tinieblas del otro lado del muro, o de la valla, o del Norte-Este-Oeste-Sur que circunda el mundo cúbico en el que emerge la palabra.

El lenguaje traza un círculo que comienza y termina con la ineluctable persistencia del acabamiento, de la muerte, de la nada. El conjunto de poemas, enmarcados por un epígrafe que cita algunos versos de la letra de una canción de Jean-Pierre Lang, “Laetitia”, *leit motiv* del filme *Los aventureros* (1967), culmina con un epílogo que repite el *dictum* fatal, “la mort ne l’a pas rendu”: la muerte no la ha devuelto. De esta manera, ancla la travesía fantasmal de la escritura en una pérdida definitiva, que el texto figura de múltiples

maneras: como cuerpo frágil desaparecido en las entrañas de la tierra o sumergido y enredado entre las algas del fondo del mar; como resto o plumas de un pájaro que ya no vuela; como reliquia oculta de un sueño colectivo, o como sumatoria de todo lo amado que ya no está. El espejo espectral de la escritura apenas puede conservar la imagen evanescente de lo que fue, transformada en un bello muro de jade, la poesía, que no bien se yergue para mostrar su belleza, se derrumba y se convierte en polvo:

Asciende, asciende inmenso mi ancho muro de jade. Y desde las más lejanas alturas, estalla. Se desintegra contra la arena de la orilla. Se desgrana en un desparramo de cristales que a la distancia se perciben innumerables, verdes y diminutos. Y de cada uno se desprenden otros miles. Insoportable, tanto despliegue de belleza. Pero allí está, ahora, cubriéndome, dejando caer todo su peso sobre mi cuerpo vaciado de vísceras, de cerebro, de huesos y de músculos, y relleno de algas y de osamentas de peces y de escandalosos y ávidos tiburones. Carcasa humana rellena y múltiple. Y vacía.

Todo poema, parece decir la escritura de Alicia Kozameh, trata de cubrir el agujero de lo que no está o se ha ido y ocultar la certeza de lo irremediable con hermosura, pero la belleza no alcanza porque el dolor no cesa de latir y la pesadilla de lo muerto nos persigue. Entonces, las palabras no pueden encontrar otra forma para perdurar que la de la pregunta incesante y sin respuesta o el epitafio.